

El desmoronamiento político de un ejército. La Guardia Nacional Somocista

Víctor L. Bacchetta

Víctor L. Bacchetta: Periodista Uruguayo.

En América Latina las dificultades para desmoralizar y destruir al ejército del régimen opresor aparecen, una y otra vez, como uno de los mayores obstáculos para la transformación de nuestras sociedades y cuando ese obstáculo fue superado, como en Cuba y Nicaragua, las reflexiones sobre estas experiencias se reducen en forma excesiva al aspecto militar de la confrontación que condujo a la victoria popular.

En otros términos, los análisis de los procesos sociales del continente padecen, con bastante frecuencia, una subestimación del factor político. Es como si la incuestionable miseria y la explotación secular de nuestros pueblos eximieran de estudiar con mayor detención las circunstancias políticas que perpetúan esta situación. El factor militar, interno o externo, se convierte entonces en el gran elemento explicatorio.

Parece ignorarse, en los hechos, el viejo dictado de que "la guerra es la continuación de la política por otros medios". O, dicho de otra forma, que el ejército no es sólo el aparato armado del Estado, que su posibilidad y capacidad de intervención dependen del grado de legitimidad política que alcance, ya sea el régimen defendido o la propia institución militar como tal, cuando actúa con cierta autonomía.

En contrapartida, se desarrolla también otra postura que sobredimensiona las contradicciones posibles del ejército y considera ineludible la división de sus filas para alcanzar los

cambios necesarios. Por este camino, la cuestión militar de la revolución se restringe a la diferenciación política interna del ejército, mientras se elude o se relega a segundo plano el papel de las formas de lucha popular.

Según el punto de vista, el caso de Nicaragua podrá considerarse una "confirmación" u otra "excepción" a la regla. En este ensayo pretendemos superar esa vieja dicotomía, mediante un estudio de los orígenes de la Guardia Nacional, de la conformación particular que le dio Somoza y del régimen político instaurado en Nicaragua, para entender las condiciones de su bancarrota final y el papel del FSLN en este desenlace.*

El antiguo encargado de negocios estadounidense en Nicaragua, el Dr. Dana G. Munroe, explicó las razones que habría tenido el Departamento de Estado para crear la Guardia Nacional, el 4 de mayo de 1927, en medio de la ocupación por los "marines" del territorio nicaragüense, con las siguientes palabras:

"La creación de guardias militares no partidistas en los Estados del Caribe era uno de los principales objetivos de nuestra política, desde que se hizo evidente que la recaudación aduanal por sí misma no garantizaría la estabilidad. Los antiguos ejércitos eran o parecían ser una de las principales causas de desorden y desorganización financiera. Consumían la mayor parte de los ingresos fiscales del gobierno, principalmente en forma de sobornos políticos, y no producían a cambio más que desorden y opresión. Pensamos que una fuerza disciplinada, preparada por norteamericanos, podría poner fin a la opresión local en pequeña escala que era responsable de gran parte del desorden que ocurría, y sería un paso importante hacia una mejor administración financiera y progreso económico en general"¹.

ORIGEN HISTORICO DE LA GUARDIA NACIONAL

Sin embargo, para entender el significado de esa decisión es necesario remontarse, por lo menos, hasta el derrocamiento del régimen liberal de Santos Zelaya, en 1909, por obra y gracias de Estados Unidos. Zelaya era la expresión de la emergente burguesía agroexportadora que, como fracción más dinámica del incipiente desarrollo capitalista del país, impulsaba la democratización del Estado oligárquico, junto con una afirmación mayor de independencia y soberanía nacional.

El nacionalismo de Zelaya, que llegó a la expropiación de ciertos intereses

* El autor asume plena responsabilidad por las opiniones vertidas en este trabajo, pero quiere agradecer los testimonios y las reflexiones de los nicaragüenses, en particular los brindados por el profesor Orlando Nuñez, que hicieron posible este artículo.

1 Carta del Dr. Dana Munroe a Richard Millet, en **Guardianes de la dinastía**, de Richard Millet, EDUCA, Centroamérica, 1979, p. 61.

norteamericanos radicados en el país, al rechazo de los compromisos con la banca estadounidense y a sostener una postura independiente en materia de fuentes de financiamiento, resultaba intolerable para la gran potencia del Norte. Sobre todo cuando Estado Unidos ya estaba comprometido en la construcción del canal transoceánico por Panamá, un factor fundamental de su política de expansión imperialista.

La inestabilidad política y las guerras civiles que sucedieron a la caída de Zelaya son una demostración de la gran impopularidad de los gobiernos conservadores que le siguieron, ligados a la decadente oligarquía tradicional y sólo sostenidos por la presencia de las tropas norteamericanas. Incluso cuando el Departamento de Estado intentó instalar un gobierno de transición, mediante una fórmula que incluía a liberales y conservadores, para poner fin a la ocupación militar, un nuevo golpe de Estado dado por el caudillo conservador Emiliano Chamorro y la reacción que suscita entre los defensores del gobierno "constitucional", obligan a reiniciar en pocos meses, el 26 de diciembre de 1926, la intervención estadounidense.

En esta nueva etapa de la intervención militar, Estados Unidos introdujo dos modificaciones a su política precedente: por una parte, no inclinó su peso exclusivamente en favor de uno de los sectores políticos internos, como lo había hecho con los conservadores, buscando también la alianza con los caudillos conciliadores del liberalismo; por la otra, se propuso la creación de un nuevo ejército, con carácter "apartidario", que fuera capaz de mantener el orden en el país, sin tener que recurrir a la presencia permanente de las tropas norteamericanas.

La posibilidad de contar ahora con un liberalismo exento de actitudes nacionalistas peligrosas para Estados Unidos se sustentó en el creciente interés común de la burguesía nicaragüense en impedir un desbordamiento popular. En efecto, entre 1920 y 1926 se produjeron importantes huelgas obreras, especialmente contra las leyes impuestas por la ocupación militar y contra las patronales norteamericanas. A su vez, el ejército obrero y campesino organizado por Sandino mostraba que las masas populares habían hecho suyas las banderas de la lucha antimperialista. En ese contexto se inició el repliegue del nacionalismo burgués hacia posiciones reaccionarias y conciliadoras con los intervencionistas yanquis.

En un primer momento, Sandino organizó su ejército como parte de las fuerzas que, desde mayo de 1926, luchaban contra la usurpación del gobierno por los conservadores. Sin embargo, el jefe del ejército liberal, José María Moncada, le negó el apoyo militar a Sandino e incluso intentó asesinarlo. Cuando Moncada firmó el Pacto de Espino Negro, el 4 de mayo de 1927, por el cual se comprometía ante los representantes de Estados Unidos a deponer las armas y desmovilizar las fuerzas constitucionales, Sandino fue el único jefe militar que rechazó el acuerdo.

En ese mismo pacto, la decisión de crear "una constabularia" eficiente, urbana y

** Constabularia: palabra que no existe en castellano ni se usa por los pueblos que hablan este idioma; procede del inglés constabulary significa cuadrilla de alguaciles, guardia civil. (N de la R)

rural, que se conocerá bajo el nombre de Guardia Nacional de Nicaragua", a las órdenes del mayor general del ejército norteamericano C. B. Matthews, marcó desde su nacimiento el carácter cipayo del nuevo ejército. No obstante, el gobierno estadounidense decía que su control sobre la guardia sería sólo temporal:

"Ya en 1927, cuando fue rechazada la propuesta nicaragüense para incorporar oficiales norteamericanos a la Guardia por un período de 12 años, el Departamento de Estado había precisado que el control norteamericano sobre la Guardia Nacional iba a ser sólo temporal. Antes de retirarse, se suponía que los infantes de marina iban a crear una fuerza de combate eficiente, bien armada y disciplinada, que funcionaría como ejército y como policía nacional... Finalmente se esperaba que los infantes de marina desarrollasen un cuerpo de oficiales nativos dotados de espíritu de lealtad a la nación y de total apartidarismo en la política del país. Desafortunadamente, el entrenamiento serio de los oficiales nicaragüenses no se comenzó sino hasta varios años después de la creación de la Guardia, pero las medidas para promover el apartidarismo entre los hombres alistados empezaron casi inmediatamente..."².

Si el gobierno de Estados Unidos estaba realmente decidido a retirar sus fuerzas militares de Nicaragua, por lo menos confiaba en poder resolver antes el problema que significaba la presencia de las guerrillas de Sandino en las montañas. Como es sabido, las tropas norteamericanas se empantanaron en esa guerra, sufriendo derrota tras derrota. Y comenzaron a manifestarse contradicciones dentro de Estados Unidos, donde surgieron distintos movimientos contra la intervención, hasta que la retirada se hizo inevitable, en 1933, sin haber logrado aquel objetivo.

Pero el retiro de los "marines" no significó el abandono de los intereses imperialistas en Nicaragua. Ahora quedaba la Guardia Nacional, ya bajo el mando del fiel pro norteamericano Anastasio Somoza García quien, aprovechándose del cese de las acciones guerrilleras, en medio de las negociaciones para establecer las bases político-institucionales del país, asesinó a Sandino y dio un golpe de Estado. Se iniciaba así la era del somocismo en Nicaragua.

Por todo lo visto, la inestabilidad, el desorden y la opresión que parecían preocupar al Departamento de Estado, al decidir la creación de la Guardia Nacional, tenían por causa principal, justamente, el intervencionismo norteamericano. Y cuando el Departamento de Estado tuvo que preparar la salida de sus tropas, el carácter "no partidario" y la "lealtad a la Nación" de la Guardia Nacional, que dejó en su lugar, no pasaba de ser mera ficción.

En efecto, educada y organizada por oficiales norteamericanos, la Guardia Nacional asimiló las concepciones de sus mentores. Fue un lento trasvasamiento de hombres y mentalidades: a más de tres años de creada, la Guardia tenía sólo 15 oficiales nicaragüenses de un cuerpo de 220 oficiales³. Cuando los "marines" se retiran completamente, los nicaragüenses que quedan al mando de la Guardia

2 Millet, op. cit. p. 173.

3 Millet, op. cit. p. 174.

consideran a Sandino su principal enemigo.

Por otra parte, la Guardia Nacional no tuvo nunca ese sentido "apartidario" que supuestamente se le quiso dar, porque desde el inicio quedó adscrita a Somoza y al Partido Liberal, del cual aquél se convirtió en jefe indiscutido. Este hecho marca las relaciones futuras entre la Guardia Nacional y la burguesía no-somocista, permitiendo explicar las razones históricas del vuelco a la lucha insurreccional de sectores de esta última, durante la crisis final del régimen.

La Guardia Nacional se impone, en definitiva, por la superioridad de sus fuerzas y esa superioridad está determinada por el apoyo permanente dado por Estados Unidos. Pero este apoyo no se dio a la institución como tal sino al jefe, Somoza, que se convirtió en el intermediario, el hombre de confianza, el "capataz" de Estados Unidos en Nicaragua.

En la Guardia Nacional se desarrolló entonces un fuerte sentimiento de que con Somoza tenían asegurado el apoyo norteamericano y que con este apoyo nadie podía cuestionarles el poder en Nicaragua. En este fenómeno no sólo intervino la política del Departamento de Estado, sino también la forma peculiar como Somoza dirigió a la Guardia Nacional, para constituirse en su último caudillo y en el dictador vitalicio de Nicaragua.

LA GUARDIA DEL "TACHO" SOMOZA

Desde los primeros momentos, Somoza utilizó a la Guardia como un medio para lograr fortuna personal, mediante el pillaje y el saqueo directo, recurriendo al simple expediente del mayor poder de fuego. Así Somoza se apropió de tierras y explotaciones agrícolas, al mismo tiempo que, usufructuando el control del aparato estatal, obtenía préstamos de la banca, se quedaba con los impuestos de las aduanas, etc.

Somoza reprodujo ese régimen de pillaje en todos los niveles de la Guardia Nacional. O sea que si Somoza se apropiaba de la recaudación de los impuestos nacionales, el coronel hacía lo propio con los impuestos provinciales y el teniente se quedaba con los impuestos del burdel y la cantina de un poblado. Así hasta el soldado y el Juez de Mesta, que cobraba un porcentaje de los pequeños contrabandos.

De esta manera, la vinculación orgánica que establece Somoza con la Guardia Nacional, como su principal instrumento de captación de riqueza, se trasmite y se reproduce en los coroneles, los capitanes, los sargentos, los cabos y los guardias rasos. Los sueldos eran muy bajos - por ejemplo, un soldado ganaba tres veces menos que un maestro -, pero las formas oficiosas de conseguir dinero perteneciendo a la Guardia eran mucho más rentables.

Por medio de este mecanismo, Somoza obtenía una extraordinaria fidelidad de sus

subordinados, fidelidad a la Guardia Nacional y sobre todo hacía él, de quien dependía el destino de cada oficial, la jefatura de una provincia o de un pueblo, el tráfico de aduanas o un cuartel en la frontera. Somoza mantuvo siempre un vínculo paternalista y de compadrazgo con todos sus subordinados, donde él era quien les hacía los favores y les resolvía todos los problemas.

Es por eso que la Guardia no contaba con un aparato administrativo ni medianamente complejo. Todos los problemas particulares, hasta una beca para el hijo de un oficial o la liberación de impuestos para ingresar un automóvil, eran resueltos personalmente por Somoza, aunque se desvelara firmando papeles. De esta manera, el jefe se aseguraba una autoridad total sobre la propia vida de sus subordinados.

Este sistema de corrupción y dependencia personal determinó el tipo de conflictos que se suscitaron dentro de los cuarteles. Aunque algunas veces se recubrieron de un tono político, siempre fueron producto del resentimiento o de las ambiciones de un jefe que, tras sedimentar un poder local o luego de un viaje por Panamá y los Estados Unidos, comenzaba a sentirse con fuerza como para ampliar su cuota de poder.

Las protestas y las conspiraciones dentro de la Guardia Nacional no pasaron de ser hechos aislados, sin mayor importancia, que tuvieron invariablemente dos respuestas por parte de Somoza: les compraba el resentimiento, dándoles alguna prebenda o un cargo superior, o los eliminaba completamente, enviándolos fuera del país, encarcelándolos o matándolos. La fidelidad a Somoza no era un tema de discusión.

Para prevenir cualquier tentativa de disputarle el liderazgo, Somoza estableció además un sistema organizativo donde las principales unidades de la Guardia estaban siempre en manos de sus parientes directos. Los restantes mandos de tropa eran rotados con frecuencia, las unidades nunca superaban los 400 soldados y se les proporcionaba una cantidad limitada de municiones.

El resultado fue que Somoza nunca tuvo grandes problemas con sus cuadros, entre los cuales existía una fuerte cohesión como la de una "gran familia" de la mafia. La prueba es que todos, absolutamente todos, los intentos de cuestionar su autoridad fallaron porque alguien, un individuo o un grupo, terminaba traicionando la conspiración y denunciándola al jefe.

Por su orden social, los oficiales de la Guardia Nacional provenían predominantemente de las capas medias. En la Escuela de Policía se requería nivel primario previo y en la Academia Militar segundo año de bachillerato. A su vez, los soldados en un 90% tenían origen campesino, en su mayoría eran reclutados por la fuerza y no sabían leer ni escribir.

Entre los campesinos, cuando no se apelaba a la fuerza, se utilizaban diversos

medios de coacción. Cualquier dificultad o incidente personal (una pelea, un robo, etc.) se convertía en motivo de reclutamiento. Somoza también aprovechaba a los delincuentes comunes; un asesino o un ladrón podía convertirse en "preso de confianza" del teniente y, si daba muestras de audacia y brutalidad, llegar a ser un eficiente soldado.

Una vez dentro de la Guardia Nacional, la gran mayoría de los oficiales se dedicaba a renovar su cuota de riqueza y a dilapidarla fastuosamente siguiendo el "american way of life". La medida del ascenso social estaba dada por el ascenso en el grado militar y la mayor aspiración era acceder a un status de vida similar al de un mariscal norteamericano o al del propio Somoza.

Hasta la década del 50, la economía nicaragüense estaba basada en la explotación extensiva de grandes haciendas cafetaleras y ganaderas, cuya propiedad se transmitía de generación en generación entre los miembros de un reducido sector social. El aparato del Estado era hasta entonces, prácticamente, la única vía que tenía el resto de la población para obtener un sueldo y alcanzar un nivel de vida superior.

Entre los miembros de la Guardia, las mansiones, los automóviles importados que cambiaban año a año, los cajones de whisky, las grandes fiestas y el lujo que disfrutaban los altos oficiales provenían, en su mayor parte, de las prebendas y la corrupción del sistema, de regalos de Somoza y del contrabando. El cargo les proporcionaba un nivel de consumo superior, pero no los convertía en miembros de la clase dominante.

La única excepción a esta regla eran Somoza y los miembros de su grupo íntimo. El "clan Somoza" era el único que, como grupo capitalista, se beneficiaba directamente con el control de la Guardia Nacional. Este es otro factor que, junto con el monolitismo de la oficialidad hacia Somoza, explica la nula gravitación política de la burguesía no-somocista en el seno de la Guardia Nacional.

El ejército somocista no se agotaba en los efectivos de la Guardia Nacional - efectivos que siempre fue difícil determinar con precisión -, sino que se complementaba con un amplio contingente paramilitar. Estos elementos eran reclutados exclusivamente por el partido político de Somoza, el Liberal, pero llegaban a contar con reconocimiento oficial, bajo el nombre de Reserva Civil, y fueron utilizados para cumplir diversas tareas de vigilancia y de represión.

La Reserva Civil se componía con miembros del Partido Liberal y los "voluntarios" que ese partido incorporaba recurriendo a diversas formas de coerción. Por otra parte, los miembros del partido de Somoza entraban y salían fácilmente de los cuarteles. La Guardia Nacional les proporcionaba armas que podían mantener en sus domicilios. Los ex miembros de la Guardia Nacional pertenecían, obligatoriamente, a la Reserva Civil.

Asimismo, los servicios o prebendas otorgados por el gobierno, un cargo de Juez de Mesta o un simple trabajo de barrendero, se pagaban normalmente con la fidelidad a Somoza, ya fuera tanto por medio del voto en las elecciones nacionales como formando parte de la Reserva Civil. Los carretoneros del Distrito Nacional, encargados de la limpieza de calles, adquirieron una fama especial por ser utilizados para reprimir directamente las manifestaciones estudiantiles y populares contra Somoza.

En la guerra con Honduras, Somoza envió el grueso del ejército a la frontera y convocó a la Reserva Civil para cumplir tareas de control de tráfico, de vigilancia callejera, en cuarteles y hospitales. A medida que se fue agudizando la crisis del régimen, Somoza aumentó la militarización de los funcionarios públicos y los grupos paramilitares pasaron a ejecutar acciones terroristas contra la oposición.

En 1976, las fuerzas paramilitares de Nicaragua fueron estimadas en 4 mil hombres, mientras al total de la Guardia Nacional se le atribuían 7 mil efectivos⁴. Por lo que ya hemos visto, los grupos paramilitares somocistas no fueron un simple apéndice de la Guardia Nacional, sino que se imbricaban con el régimen de dominación establecido por Somoza, que no era una simple dictadura ejercida por un caudillo militar.

EL REGIMEN DE DOMINACION SOMOCISTA

El somocismo no fue estrictamente una dictadura militar, donde el ejército gobierna anulando el funcionamiento de las instituciones civiles, ni tampoco una dictadura personal exclusiva, al margen de los intereses de una clase y de formas de consenso social y político más amplio, que le dieran cierta legitimidad. En contra de lo que puede sugerirnos, a primera vista, su aspecto gangsteril. Somoza se preocupó también de legitimar institucional y políticamente el poder que ejercía.

En primer lugar, Somoza mantuvo y desarrolló las formas institucionales de la democracia burguesa tradicional (el sistema de tres poderes del Estado: ejecutivo, legislativo y judicial; funcionamiento de los partidos políticos y elecciones periódicas; libertad de prensa, etc.), por más que tuviera un carácter restringido en su capacidad real de cuestionar la hegemonía del somocismo.

Somoza se presentaba formalmente como el presidente de un gobierno civil, ejercido en representación de un partido político que había ganado las elecciones. Nunca lo hacía como jefe de la Guardia Nacional sino por el hecho de ser, primero, el Presidente de la República. Como jefe de Estado fue minucioso y exagerado en la confección de las leyes y reglamentos que daban forma jurídica al régimen.

En esa búsqueda sistemática de legitimación institucional y política, Somoza

⁴ Tomado de "The Military Balance 1977-1978", del International Institute for Strategic Studies de Londres, publicado por el Cuaderno Semestral N° 4 de "Estados Unidos: perspectiva latinoamericana", del CIDE, México 1978, p. 436.

adoptó completamente la fraseología del Partido Liberal, en cuyo nombre, como jefe político, se dirigía al pueblo y concertaba los acuerdos con la oposición. De la misma manera, se mostraba siempre dispuesto a realizar elecciones y a justificar públicamente sus actos políticos y los del gobierno.

En ese marco, las funciones de la Guardia Nacional no se confundían con las del gobierno, ni los militares ocupaban puestos en la administración pública o en el Partido Liberal. De esta manera, Somoza era el único mediador entre esos sectores, lo que le permitía controlar dos bloques fundamentales del poder: el ejército y el gobierno. Esta situación sufrirá modificaciones con el avance de la crisis del somocismo.

En segundo lugar, el andamiaje institucional montado por Somoza no estaba exclusivamente al servicio de sus intereses personales, sino también de los pactos entre liberales y conservadores, que siguieron produciéndose desde 1927 hasta 1971 y reflejaban el acuerdo del conjunto de la burguesía nicaragüense con el somocismo. El pacto político fue renovado para superar las sucesivas crisis entre sectores de la clase dominante y mantener simultáneamente las apariencias del orden institucional.

Después del Pacto de Espino Negro de 1927, impuesto por la intervención directa de Estados Unidos y sólo rechazado por las fuerzas de Sandino, se produjo un nuevo pacto en 1948. En esta instancia, entre otras concesiones de Somoza y su partido, los conservadores se aseguraron el 10 por ciento de la representación en el parlamento y la participación en algunos cargos del gabinete ministerial del gobierno.

En 1950 vuelve a renovarse el pacto, esta vez para garantizar la reelección presidencial de Somoza. A cambio de ello, los conservadores obtuvieron una participación no menor a un tercio en todos los organismos colegiados del gobierno, así como una garantía de "libertad de comercio" y de salvaguarda de "la propiedad privada", que pasaron a formar parte de la Constitución elaborada y promulgada ese año.

El último pacto se firmó en 1971, después de que los conservadores realizaron una manifestación de unas 20 mil personas en Managua y amenazaron con irse a pelear desde las montañas si no ganaban las próximas elecciones presidenciales. Somoza aceptó entonces darles 40 por ciento de la representación parlamentaria y formar un triunvirato constitucional, al que se integró el líder de los conservadores Fernando Agüero.

Algunos estudiosos nicaragüenses calificaron al somocismo como un "régimen de reforma y de represión", aludiendo así a la política de reformas hacia los conservadores y de represión hacia los sectores populares, con lo cual Somoza se mantenía en el poder. Evidentemente, Somoza no gobernaba sólo para sí, ni exclusivamente para los norteamericanos, sino también para la clase dominante del

sistema productivo existente en el país. Y en esto se podía observar incluso una "división de tareas".

En efecto, mientras el "clan Somoza" controlaba los principales resortes de poder político y militar del Estado, los conservadores eran los principales orientadores de la prensa, del sistema de enseñanza y de la Iglesia, en otros términos, los que controlaban lo fundamental del aparato de dominación ideológica de la sociedad nicaragüense. A pesar de sus contradicciones, una y otra parte respetaban esta situación.

No cabe duda que el más firme y fiel bastión del poder de Somoza era la Guardia Nacional, la cual le proporcionaba la autoridad militar en el país, pero esa condición por sí sola era insuficiente para permitirle gobernar en forma más o menos estable. La burguesía opositora no tenía posibilidades de influencia directa sobre la Guardia Nacional y ésta no contaba con bases propias de sustentación política o social, que pudieran legitimar por sí mismas el poder que detentaba.

Por esta razón, el régimen de dominación somocista no era un mero juego de ficción política ideado por un dictador de mente retorcida. El respaldo de Estados Unidos, en lo externo, y los pactos con la burguesía opositora, en lo interno, eran aspectos indisociables para estructurar la legitimidad política e institucional que le proporcionó a Somoza y a la Guardia Nacional tantos años de sobrevivencia.

Establecer las diferencias y las relaciones existentes entre Somoza (el dictador), la Guardia Nacional (el ejército) y el somocismo (el régimen de dominación político-institucional), es fundamental para interpretar la evolución y el destino final de los tres factores. Para entender, por ejemplo, las causas políticas de la bancarrota de Somoza y, cuando ésta se hizo evidente, el significado del rechazo persistente del FSLN a lo que calificaba como "el somocismo sin Somoza".

Pero, sin anticiparnos al desenlace de los acontecimientos, veamos los cambios operados en Nicaragua a partir de la década del 50.

AUGE Y DECLINACION DEL SOMOCISMO

Desde 1950 en adelante, en el contexto de la expansión norteamericana de posguerra, la economía de Nicaragua registró una diversificación de la producción agrícola de exportación, así como un crecimiento de la industria tradicional y la creación de nuevas ramas, acompañados de una importante afluencia de capitales del exterior. Sin embargo, será un desarrollo pautado por períodos de auge y de recesión, hasta entrar en una crisis prolongada, con el cierre del Mercado Común Centroamericano.

Ni los sectores oligárquicos tradicionales, vinculados al latifundio y al comercio de exportación, ni los nuevos capitales locales y extranjeros, estaban interesados en modificar la estructura agraria o en alterar las relaciones de dependencia

imperantes. En tales condiciones se aceleró la concentración y centralización de capitales, en beneficio exclusivo de los grupos monopólicos locales, asociados a las empresas multinacionales y al capital financiero internacional.

La recuperación del precio internacional del café, el "boom" algodonero coetáneo con la guerra de Corea, el auge del azúcar derivado del bloqueo de Estados Unidos a Cuba, marcaron el carácter efímero y circunstancial de los períodos de expansión, donde el principal atractivo para los capitales extranjeros que aprovecharon las facilidades del MERCOMUN era el bajo costo de la mano de obra. Paralelamente, los períodos de crisis se hicieron cada vez más agudos y persistentes.

En ese proceso, emergieron cuatro grupos económicos principales: el Calley Dagnall, agrupación regional de la burguesía cafetalera; el Banco de Nicaragua (BANIC), de la fusión de intereses agrícolas, principalmente algodoneros, con sectores industriales, constituyendo el polo financiero más poderoso del país; el BANAMERICA, unión de la oligarquía ganadera y comercial, junto con los empresarios del azúcar y las bebidas alcohólicas, en torno al Banco de América y, por último, el grupo de los "dados cargados": Somoza y Cía⁵.

En el plano político, la posguerra trajo desde Estados Unidos la concepción de la "guerra fría" y más tarde, con el triunfo de la revolución cubana, la contraofensiva imperialista con la estrategia de la "contrainsurgencia" y la Alianza para el Progreso. Somoza no desaprovechó ninguna oportunidad para postularse como el adalid del anticomunismo y convertirse en el principal aliado de Estados Unidos en la región.

Sin duda, el momento de apogeo para Somoza fue su apoyo, junto a la CIA norteamericana, a la invasión de Castillo Armas en Guatemala, que culminó con el derrocamiento del gobierno progresista de Jacobo Arbenz en 1954. De la misma manera, cuando se produjo algún intento revolucionario en Honduras o en Costa Rica, Somoza invadió con sus fuerzas en uno y otro lugar, demostrando que su poder iba más allá de las fronteras de Nicaragua.

Por esta vía, aparte de los efectos políticos internos, Somoza obtuvo mayor apoyo americano en armas y equipos militares, asesoramiento y entrenamiento de los cuadros de la Guardia Nacional, que le permitió modernizar su ejército y colocarlo a la altura de los mejores pertrechados y organizados de la región. Más allá de que el propio Somoza y su hijo fueron a estudiar a West Point, grupos de oficiales nicaragüenses comenzaron a asistir sistemáticamente a las nuevas escuelas montadas por Estados Unidos. La Guardia aumentó el número de sus efectivos y fue dividida en cuerpos especializados.

A medida que se fueron reincorporando los egresados de las escuelas en el exterior (Panamá, Virginia, etc.), la Academia Militar de la Guardia Nacional comenzó a

5 Wheelock, Jaime: **Imperialismo y dictadura: crisis de una formación social**, capítulo VI, pp. 141 a 190, Siglo XXI, México, 1979.

funcionar regularmente aunque, según lo establecido por ley, los cadetes nicaragüenses debían seguir un curso en la Academia de las Américas para graduarse. Los cursos de formación de oficiales se basaban en los manuales de "contrainsurgencia" del Pentágono, simplemente traducidos al español⁶.

En la nueva estructura del ejército, los batallones blindados ocuparon un lugar preponderante, sus integrantes recibieron mejores sueldos y superior entrenamiento, con mayores privilegios y el más moderno equipamiento militar. Estos batallones eran destinados a la represión de intentos revolucionarios, encontrándose entre ellos el denominado "General Somoza", que era la guardia personal del dictador. Se formaron también cuerpos de seguridad, antimotín, etc.

Superado el "escollo" Arbenz, se agilizaron las tratativas entre el Southern Command y los altos mandos militares de Nicaragua, Guatemala, El Salvador y Honduras para crear, en enero de 1956, el Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA), en el marco de la Junta Interamericana de Defensa. Un ilustrativo antecedente del CONDECA fue la entrega por el presidente Eisenhower a Somoza de un avión P-47, sobrante de la Segunda Guerra Mundial, al precio simbólico de un dólar, para "la lucha contra el comunismo", que fue usado inmediatamente en Guatemala⁷.

Más adelante, con la preparación de la invasión a Cuba, Estados Unidos montó una base militar en la costa atlántica de Nicaragua, desde donde salieron los barcos y aviones en dirección de la bahía de Cochinos. Fue una demostración superior de la confianza de Estados Unidos en Somoza y de la fidelidad de éste a la causa del imperio. Sin embargo, ya se cernían los primeros nubarrones anunciadores de la tormenta final: en 1956, Anastasio "Tacho" Somoza fue muerto a tiros por el patriota Rigoberto López Pérez y, en 1961, se constituyó el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

Desde 1955, la jefatura de la Guardia Nacional había pasado a manos de Anastasio Somoza Debayle, hijo menor del "Tacho". Con la muerte del dictador, el hijo mayor, Luis, ocupó la presidencia internamente en su condición de presidente del Parlamento, y luego fue electo para continuar en el cargo hasta 1963. En ese año, un incondicional del "clan", René Schick, es electo presidente, mientras los Somoza seguían controlando los otros resortes tradicionales de su poder, Anastasio en la Guardia Nacional y Luis en el Partido Liberal. Tras la muerte de Schick, en 1967, Anastasio renunció a la Guardia Nacional, para elegirse presidente de la República hasta 1972.

6 Entre 1950 y 1975 se entrenaron 4.897 oficiales nicaragüenses en la Zona del Canal y en otras bases norteamericanas, superando ampliamente a los restantes países centroamericanos, según los cuadros del Departamento de Defensa de EE.UU., publicados en **Armas y poder en América Latina**, de M.T. Klare, Ediciones Era, México 1978, p. 159.

7 Selser, Gregorio: "Notas sobre la viabilidad de una OTAS, la naturaleza del CONDECA y las formas de coproducción armamentista en América Latina", Documento de Trabajo de SEPLA, México 1978, p. 31.

En los períodos de auge económico, los Somoza se aseguraban la mejor parte de los negocios, estableciendo una simbiosis completa entre sus intereses particulares y los del Estado. Y salvaban igualmente las dificultades durante la crisis, haciéndoles pagar las consecuencias a sus opositores. Con la Alianza para el Progreso y el MERCOMUN, el Estado absorbió buena parte del crédito externo y la inyección financiera proveniente de Estados Unidos fue utilizada por el "clan" para montar el Banco de Centroamérica, dedicado principalmente a la actividad especulativa.

Sin embargo, los principales bancos pertenecían a los grupos no-somocistas, que controlaban el capital financiero, las principales industrias, la producción de algodón y la mayor parte de la ganadería. Los negocios preferidos de Somoza no estaban en la inversión productiva, sino en el turismo y los hoteles, los clubes nocturnos y el tráfico de drogas, entre otros, a través de los cuales se vinculó al grupo norteamericano Sunbelt, perteneciente al magnate Howard Hughes.

Pero a medida que se agudizó la crisis, Somoza fue introduciéndose paulatinamente en otras actividades. Aprovechando la quiebra de empresas, eran intervenidas por el Estado y luego compradas por Somoza a precios irrisorios. Esta "competencia desleal", como fue denominada por los empresarios afectados, acentuó el malestar de importantes sectores de la burguesía industrial y comercial, así como de los capitales norteamericanos vinculados con ellos. La misma crisis reducía progresivamente el margen de negociación posible entre Somoza y estos sectores.

LA CRISIS FINAL DEL REGIMEN

El año 1972 puede marcar el punto de inflexión en la curva descendente del somocismo. En el plano económico, las duras consecuencias del terremoto fueron agravadas por la voracidad de Somoza, quien se apropió de la asistencia exterior y convirtió las tareas de reconstrucción en un gran negocio. En el plano político, el pacto de Somoza con Agüero, que condujo al "triumvirato" (1972-74) y a la reelección de Somoza hasta 1980, se mostró insuficiente para las aspiraciones de la burguesía opositora e hizo cada vez más insostenible la fachada institucional del régimen.

El debilitamiento del consenso político y social tradicional del somocismo se produce, de una parte, por la exacerbación de las contradicciones interburguesas, en la medida que la crisis no posibilita nuevas formas, concesiones y pactos como en el pasado y, de la otra parte, por el creciente descontento y el carácter cada vez más independiente de las acciones populares, como resultado del desgaste de las consignas levantadas por la oposición burguesa y el fortalecimiento de la opción revolucionaria del FSLN. En este proceso se producirán importantes transformaciones.

Una de ellas es la militarización del Estado y de otras actividades que tradicionalmente habían quedado reservadas a los civiles. A medida que aumenta

el cuestionamiento al gobierno, Somoza deja de lado su celo por mantener la separación entre lo civil y lo militar. Militares retirados o en actividad, que le aseguraban mayor fidelidad, son designados en cargos de ministros, jefes políticos, jefes de aduanas, etc.

De la misma manera, Somoza comienza a distribuir los negocios preferentemente entre los militares. Por ejemplo, en las tareas posteriores al terremoto, a un general le entregó todo lo referido a las construcciones, a otro las importaciones de maquinaria y así sucesivamente. Simultáneamente, servicios públicos enteros fueron militarizados como el Distrito Nacional y el transporte, haciendo cumplir a los choferes del Estado tareas de patrullaje policial.

Otra transformación importante se produjo en el propio ejército, al modificarse el contenido ideológico de la represión, así como las características del entrenamiento y de los cuerpos especiales de la Guardia Nacional. A medida que la imagen democrática pierde legitimidad y que crece el respaldo popular al FSLN, la idea de que el guerrillero es un subversivo y un marginado social es insuficiente. Del anticomunismo se pasa entonces al antipueblo, sin discriminaciones.

Este cambio de la filosofía represiva se tradujo, desde 1975 en adelante, en la creación de la Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería (EEBI), bajo el mando del mayor Anastasio Somoza Portocarrero, hijo del dictador. La EEBI se encargó de crear un cuerpo de élite, muy especializado en técnicas antiguerrilleras y represivas, armado con equipo militar sofisticado y con muy buenos sueldos (2 mil córdobas, frente a los 600 pagos a un soldado regular).

Considerada "un ejército dentro del ejército", la EEBI formaba a sus miembros en una ideología de tipo fascista, exaltando el nacionalismo y la fidelidad a la patria, junto con la defensa de la empresa privada y de otros valores del capitalismo. Como parte de los cursos, se fogueaba a los alumnos disolviendo y apaleando manifestaciones, así como en la tortura de prisioneros. Somoza Portocarrero, conocido como "Tachito", ejercía un padrinazgo directo sobre los integrantes de la EEBI y dirigía personalmente todas sus operaciones militares⁸.

En la última etapa del somocismo, los instructores de la EEBI pasaron a ser mercenarios extranjeros, entre los que se encontraba el tristemente célebre Echanis. El entrenamiento de los mercenarios elimina prácticamente los estímulos ideológicos, la guerra se convierte en una simple lucha por la sobrevivencia, por preservar el cuerpo militar inmediato que se integra, por mantener los beneficios materiales y aniquilar a todo lo que amenace ese status, desarrollando un grado de maldad extrema⁹.

8 Ver "Somoza prepara a Somoza", en Gaceta Sandinista de la Comisión de Información y Representación en Cuba del FSLN, Año 3, N° 5/6 de 1978, p. 5.

9 En **Un ejército dentro de un ejército**, de Henry Briceño, editado en Costa Rica, en 1979, a base de las declaraciones de un campesino desertor de la EEBI, en la p. 67 se relata que uno de los ejercicios practicados, denominado "la lagartija", consistía en que "los guardias tienen que contestarle al instructor, cuando él dice ABAJO, todos contestan EL PUEBLO y cuando dice ARRIBA: SOMOZA

A pesar del carácter histórico contrarrevolucionario de la Guardia Nacional, sólo una evolución como la señalada puede explicar los horrendos crímenes cometidos por este ejército durante la guerra. De cualquier manera, ello implica un alto grado de perturbación mental entre esos militares, que intentó paliarse recurriendo al uso generalizado de drogas. Otra consecuencia de ese fenómeno fue que incluso Somoza empezó a perder ese control absoluto que detentaba sobre sus fuerzas.

No era una pérdida de control al punto que estas fuerzas llegaran a enfrentarse con su jefe, sino que enceguecidos por su mentalidad fascistoide y sanguinaria provocaban circunstancias políticas contraproducentes. Un ejemplo de este fenómeno fue el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, principal líder conservador, en enero de 1978, ordenado por el "Tachito" en medio de una ofuscación. Otro fue el intento de Echanis de atacar y provocar una masacre en el Palacio Nacional, en agosto del mismo año, cuando estaba copado por el FSLN con centenares de rehenes. Por último, Somoza tampoco estuvo al margen de tales desvaríos, cuando llegó a ordenar la masacre indiscriminada de poblaciones.

Pero más allá de las conductas enfermizas y desesperadas de Somoza - a una altura en que, carente de todo sustento político, sólo le quedaba el recurso del terror -, tanto la burguesía opositora como los Estados Unidos hicieron todos los esfuerzos posibles para sustituir a Somoza y salvar el régimen político-institucional, que seguía siendo la garantía para la preservación de sus intereses. Y en el salvataje del régimen, la Guardia Nacional era, también, la pieza clave capaz de contener a las fuerzas revolucionarias desatadas.

Este hecho quedó públicamente documentado, por ejemplo, en la plataforma "Cinco puntos hacia la democracia", propuesta por la Unión Democrática de Liberación (UDEL), que fue uno de los primeros intentos de agrupación de fuerzas antisomocistas, excluyendo al FSLN, bajo la hegemonía de la burguesía opositora. En su punto 3 estableció textualmente:

*"Asignación de la jefatura suprema del ejército a un militar con suficientes méritos profesionales y de servicios, y que no pertenezca a la familia Somoza, como medida fundamental para restablecer las condiciones que aseguren el profesionalismo y apartidarismo de la Guardia Nacional"*¹⁰.

En el mismo sentido se encaminaron después las gestiones del Frente Amplio Opositor (FAO), que encabezó en cierto momento las negociaciones con Estados Unidos y con la OEA para sustituir a Somoza, sin afectar substancialmente al régimen político-institucional vigente y sobre la base de excluir al FSLN.

tienen que contestar todos los guardias que hacen ese ejercicio". En otro: "El instructor grita al pelotón: ¿Qué son ustedes? y el pelotón contesta gritando: ¡tigres! Y el tigre, ¿qué quiere? - nuevamente grita el instructor - ¡Sangre sangre!, contesta el pelotón".

10 Castillo, Donald: "La lucha final" en Cuadernos del Tercer Mundo, septiembre-octubre de 1977, Año 2, N° 16, México, p. 73.

Con una responsabilidad y un interés mucho mayores en la preservación del somocismo, Estados Unidos ensayó diferentes alternativas, desde la sustitución regular de Somoza, por medio de las elecciones previstas para 1981, hasta la búsqueda de un militar dispuesto a derrocarlo mediante un golpe de Estado¹¹. En cualquiera de estas alternativas, el objetivo fundamental era la sobrevivencia del régimen y de la Guardia Nacional, a la cual aprovisionó militarmente hasta el último momento.

Todos los intentos por encontrar en la Guardia un mando alternativo al de Somoza fracasaron. La Guardia Nacional no era un ejército profesional que, en coyunturas críticas, puede anteponer la preservación de la institución (salvaguarda estratégica del régimen dominante) por encima del interés de sus eventuales jefes o que puede fracturarse en forma significativa como consecuencia de las pugnas interburguesas y del ascenso revolucionario del pueblo.

Pero la caída simultánea de Somoza y del régimen burgués-imperialista en Nicaragua no fue una consecuencia natural e inevitable de la declinación política del primero o de las fallas de los que intentaron sustituirlo para salvar al segundo, sino que allí juega un papel decisivo la presencia del FSLN. La conducta firme y consecuente del FSLN acorraló a Somoza y desenmascaró el proyecto de instaurar un "somocismo sin Somoza".

En octubre de 1977, las acciones del FSLN frustraron las maniobras políticas que venían preparando Somoza y Estados Unidos para renovar el pacto con la oposición burguesa y obtener una nueva base de consenso, aprovechando una leve recuperación económica de los años precedentes. Las referidas maniobras contaban con la desarticulación de la guerrilla, según la información de los servicios de inteligencia, que demostró ser falsa cuando el FSLN decidió pasar de la defensiva a la ofensiva¹².

Más adelante, cuando se generó la situación insurreccional, la audacia política y los esfuerzos del FSLN para organizar el ascenso de las masas, consagraron la opción revolucionaria como la única alternativa para derrocar a la tiranía, dejando atrás las consignas reformistas tradicionales. La oposición burguesa contribuyó inicialmente a desatar la movilización popular, para utilizarla una vez más en la conquista de una cuota mayor de poder, pero se encontró con que Somoza no ofrecía nuevas concesiones capaces de satisfacer las aspiraciones del pueblo, acrecentadas por la crisis económica y social.

Demostrando ser en los hechos el luchador más resuelto y consecuente por las reivindicaciones populares, el FSLN conquistó la condición de vanguardia política

11 Tres años antes del desenlace, en la prensa norteamericana aparecieron artículos señalando la existencia de factores de descontento entre Somoza y sus oficiales, así como advirtiendo sobre el riesgo de descomposición total de la Guardia Nacional, con el evidente propósito de generar alternativas de recambio político en Nicaragua.

12 Ver "Nicaragua: la estrategia de la victoria", entrevista de Marta Harnecker al comandante Humberto Ortega, diciembre de 1979, diversas ediciones.

real o, en otros términos, la hegemonía para su proyecto político, que exigía la disolución de la Guardia Nacional como condición para no caer en el "somocismo sin Somoza". Colocada en la disyuntiva de perecer con el somocismo o plegarse a la ofensiva triunfante dirigida por el FSLN, la oposición burguesa se inclinó finalmente por la segunda opción, la única que le quedó para seguir defendiendo sus intereses en ese momento.

Las últimas maniobras del Departamento de Estado se concentraron sobre la propia Junta de Gobierno Provisional, designada por el FSLN para asumir las responsabilidades gubernamentales a la caída del dictador. Diciendo que tenía la renuncia de Somoza en sus manos, Estados Unidos propuso ampliar la Junta de Gobierno con dos miembros más, incluyendo a un miembro de la Guardia Nacional, y encomendar la organización del nuevo ejército al FSLN y a un Jefe del Estado Mayor de la Guardia. Toda la inventiva negociadora norteamericana fue en vano¹³.

EL FSLN ANTE LA GUARDIA NACIONAL

Dos documentos resumen la concepción del FSLN con respecto a la Guardia Nacional y su contrapartida, el ejército de la revolución popular sandinista, así como la política a seguir con aquélla en el curso de la lucha. El primero es el Programa del FSLN, en el punto denominado "Ejército Patriótico Popular", donde se establece:

"La revolución popular sandinista abolirá la fuerza armada enemiga del pueblo denominada Guardia Nacional y creará un ejército popular, revolucionario y patriótico.

a) Abolirá la Guardia Nacional, fuerza armada enemiga del pueblo, creada por las tropas yanquis de ocupación en 1927 para perseguir y asesinar a los patriotas sandinistas que se

13 "Yo creo que los yanquis se dieron cuenta de que la guardia estaba derrotada cuando comenzaron a presionar porque la Junta de Gobierno se ampliara con dos miembros más, sugeridos por ellos, ya que era la única manera que les quedaba de influir en los acontecimientos. Lo único a lo que ellos aspiraban ya era a salvar una parte de la Guardia Nacional - un cierto sector de la Guardia que no tenía las manos tan manchadas en sangre. Yo recuerdo que cuando estábamos en Costa Rica los cinco miembros de la Junta designados por el Frente, comenzamos la segunda ronda de negociaciones con el señor Bowdler, que duró todo el mes de junio. Un día el Sr. Bowdler nos preguntó si queríamos hablar con un viejo militar que se había ido hacía mucho tiempo a Guatemala a trabajar con el CONDECA, o no sé en qué oficina burocrática.

En ese tiempo se estaba hablando de que hubiera un jefe de estado mayor de la Guardia Nacional que arreglara el surgimiento del nuevo ejército con el Frente Sandinista, y nosotros tácticamente insistíamos en que era posible que una parte de la Guardia se incorporara al nuevo ejército, y hablamos con este señor. Estados Unidos pensaba que a través de maniobras como ésta podían darle prestigio a un sector de la Guardia Nacional, pero aquí se trataba de una correlación de fuerzas, y la correlación de fuerzas para ellos era totalmente negativa.

En los últimos días, Bowdler nos decía que qué día queríamos nosotros que renundara Somoza, porque en sus manos tenía la renuncia de Somoza. Entonces nosotros fuimos retrasando la fecha mientras acabábamos de consolidar nuestras fuerzas...", dice Sergio Ramírez en **Nicaragua: revolución** (relatos de combatientes del frente sandinista), de Pilar Arias, Siglo XXI, México 1980, p. 201.

alzaron en armas en defensa de la soberanía nacional. La Guardia Nacional será relevada por un ejército popular, revolucionario y patriótico. En el nuevo ejército podrán tener lugar los siguientes soldados profesionales del antiguo ejército:

- los que hayan respaldado el combate guerrillero popular,

- los que tengan las manos limpias de sangre revolucionaria y no sean culpables del despojo del pueblo.

b) Armará a los obreros, campesinos, estudiantes y demás sectores que podrán organizarse en milicias populares para defender los derechos conquistados, ante las inevitables embestidas que lanzarán las clases explotadoras al ser derrocadas. No se repetirá jamás el desarme impuesto en 1927 a los combatientes populares por el yanqui Henry L. Stimson, el traidor liberal José Mana Moncada y el vende patria conservador Adolfo Díaz, en el Espino Negro de Tipitapa.

c) Fortalecerá el nuevo ejército popular, aumentando su capacidad combativa y su nivel técnico y táctico..."¹⁴.

El segundo documento es la Plataforma General Político-Militar del FSLN, dada a conocer el 4 de mayo de 1977, en donde se enfocan diferentes aspectos de la estrategia y la táctica del sandinismo. En ella se define la siguiente política:

"Mantener un constante trabajo de descomposición de las filas de la GN y demás sectores somocistas de la burocracia y del gobierno. Ganarnos al máximo la simpatía de los soldados rasos y de baja graduación y el apoyo de algunos oficiales del ejército. Reforzar las contradicciones existentes en la GN y demás sectores represivos por razones de poder, etc. Elaborar constantemente cartas dirigidas a familiares de rasos y oficiales, haciendo énfasis en nuestro carácter patriótico, democrático y antisomocista, dejándoles una puerta abierta de reivindicación si cooperan de una u otra forma con el movimiento sandinista. Este tipo de labor refuerza los golpes militares que el movimiento proporciona a la GN. No se trata de que la GN se pase a la revolución; se trata de descomponerla y desmoralizarla al máximo para poder golpearla como institución hasta destruirla"¹⁵.

Aunque las desertiones y la desmoralización de la Guardia Nacional no alcanzaron proporciones significativas hasta el último momento, los militares del FSLN pusieron rigurosamente en práctica todas estas recomendaciones a medida que avanzaba la guerra revolucionaria.

El FSLN buscó contraponer los "militares corruptos" con los "militares honestos", llamando a estos últimos a que se unieran a la lucha. Se procuró polarizarlos contra Somoza, planteándoles que sus intereses no eran los del dictador, que el ejército es necesario en la sociedad, pero si es un ejército honesto, para defender al pueblo y la

14 En Revista Tricontinentals, N° 17, marzo-abril de 1970, La Habana, pp. 67/68.

15 Miranda, Pedro N.: **El pueblo que asombra al mundo**, Ediciones Punto Rojo, Panamá 1979, Anexos p. 238.

soberanía nacional. En los hechos, este tipo de propaganda no tuvo mayores efectos en la Guardia Nacional, produciéndose sólo unas pocas deserciones.

Generalmente, las deserciones se produjeron entre los militares de mayor nivel cultural - por haber realizado cursos universitarios y/o viajes al extranjero -, cuando rechazaban una orden terrible, como la de matar a un amigo, o los asesinatos más grotescos. En estos casos, el FSLN les proporcionó una plataforma política y publicitaria, les permitió que se integraran a un cierto nivel del frente y les suministró los medios para tratar de convencer a sus amigos y colegas que permanecían en el ejército.

A pesar de las dificultades y los riesgos que ello implicaba, el FSLN realizó tareas de infiltración y de reclutamiento en la Academia Militar e incluso dentro de la EEBI, También se utilizaron los vínculos sociales de la burguesía opositora para llegar a familiares e hijos de oficiales. Muchos hijos de oficiales fueron ganados por el frente; en su condición de "nuevos ricos" accedían a un mayor nivel cultural, a partir del cual rechazaban la "profesión" paterna.

El FSLN envió cartas directamente al domicilio de los militares, particularmente dirigidas a sus esposas. En los mensajes se planteaba que el ejército era la guardia personal de Somoza, que lo utilizaba para enriquecerse y reprimir al pueblo, obligando a su marido a mancharse las manos con sangre, en lugar de ser un militar honesto y querido por el pueblo. O se apelaba a su condición de mujer, con denuncias concretas sobre el asesinato de mujeres y niños.

En las últimas etapas de la guerra, la política de diferenciación entre los soldados adquirió mayor fuerza y se aprovecharon las declaraciones de algunos militares retirados. En las manifestaciones, en los carteles, en los artículos y las cartas a la prensa, desde la Universidad y desde las barricadas, se usaron consignas como la de "¡Guardia: únete!" y se denunciaba la condición del soldado, cansado y en permanente zozobra, utilizado por Somoza y convertido en asesino de su pueblo.

No obstante, tampoco se produjeron deserciones importantes entre los soldados rasos, incluso después de ser hechos prisioneros por las fuerzas del FSLN. En uno de estos casos, el FSLN puso en libertad a un grupo de soldados en la frontera con Honduras y éstos retornaron a Nicaragua para seguir combatiendo en las filas de la Guardia Nacional. Mientras Somoza se mantuvo en el poder, el ejército se caracterizó por una gran cohesión y por una alta moral de combate.

Cohesión y moral propia de mercenarios, obtenida tras largos años de corrupción generalizada, de fidelidad ciega a un jefe omnipotente y de represión sistemática contra cualquier intento de cuestionarlo. Cohesión y moral logradas, también, llevando el terror dentro de la misma tropa - al que dudara simplemente en cumplir una orden, le pegaban un tiro delante de sus compañeros - y creando un estado de exaltación tal entre los soldados que los convertía en bestias humanas.

Así, por ejemplo, la técnica de no dejar dormir al interrogado se aplicaba también al interrogador, que debía permanecer despierto mientras el detenido no declaraba. Se le creaba al soldado la situación de que no podía descansar por culpa del guerrillero, que lo inducía muchas veces a asesinar al preso para poder dormir algunas horas. Cuando un guardia se enfrentaba con un joven, los brazos le temblaban sobre el arma, se le inyectaban los ojos en sangre y decía: "hijo de puta, ustedes son los que le cortan hasta los huevos a uno. Cuando nos agarran en las montañas, nos sacan la lengua, los ojos..."

Un ejército con estas características era un simple y siniestro instrumento de genocidio, incapaz por completo de cumplir con esa "regla de oro de la contrainsurgencia" que recomienda ganarse a la población o al menos llegar a neutralizarla, para aislar a los revolucionarios. Por el contrario, una vez perdida la legitimidad del régimen político, Somoza y la Guardia entraron en una espiral ascendente (represión, reacción popular, mayor represión, mayor reacción...) de la cual no podrían salir nunca más, cuando el pueblo se decidió a vencer o morir y el FSLN no vaciló en colocarse al frente de la insurrección.

En el momento en que Somoza estuvo acorralado - sin capacidad para gobernar o hacer funcionar el país, sin apoyos significativo internos ni externos, sin otra perspectiva militar que continuar la masacre del pueblo - y abandonó el puesto de mando, la desmoralización y el desbande de la Guardia Nacional fue total, desmoronándose como un castillo de naipes. Eran miles de soldados - se calculan en 8 mil los que permanecían en los cuarteles - corriendo por los campos, deshaciéndose desesperadamente del uniforme y tratando de llegar a la frontera.

Las intervenciones militares de Estados Unidos y su constante apoyo a la dictadura posterior, que Somoza supo renovar con creces una y otra vez, unidos a la debilidad de la burguesía local y al predominio en ella de las corrientes más conservadoras, impidieron la formación en Nicaragua de un ejército profesional al estilo de los existentes en los países donde la burguesía consolida formas de dominación política relativamente independientes de sus fracciones componentes.

Esta particular conformación histórica del Estado nicaragüense y de la Guardia Nacional, primero bajo la tutela directa de los oficiales yanquis y después con el sistema de padrinazgo y corrupción aplicado por Somoza, hicieron que el ejército se comportara desde sus orígenes hasta el final, como una fuerza adscripta al dictador, manteniendo una gran cohesión interna y una absoluta fidelidad hacia su jefe y caudillo.

Sin embargo, esa unidad casi monolítica de la Guardia Nacional era, al mismo tiempo, su mayor debilidad política, que Somoza consiguió sortear por más de cuatro décadas mediante los pactos con la burguesía opositora.

En el curso de la guerra insurreccional, el FSLN cumplió estrictamente con una serie de reglas, clásicas se podría decir, en materia de utilización de las posibles

contradicciones y en el trato a los prisioneros. Las fuerzas del ejército somocista no se debilitaron internamente en forma significativa, pero esas medidas contribuyeron sin duda al desgaste político de la Guardia y a elevar la moral de lucha del pueblo, como para enfrentar y vencer a una máquina militar mercenaria.

El dirigente sandinista Tomás Borge resumió la experiencia de la revolución nicaragüense en estos términos:

*"La Guardia Nacional no se desmoronó como fruto de nuestra política de respeto hacia los prisioneros, sino que fue la combatividad de nuestro ejército y de nuestro pueblo lo que determinó su liquidación y destrucción (...) Y en este sentido se rompió con algo que parecía ser una ley histórica: se decía que no podía haber victoria sin la participación de por lo menos una parte del ejército enemigo; aquí se demostró que si es posible lograr el triunfo sin ninguna participación de esa clase, aún tratándose de un ejército tan prepotente y bien adiestrado como era la Guardia Nacional"*¹⁶.

Después del triunfo, los ex guardias pasaron a ser juzgados por sus crímenes y latrocinios frente a tribunales populares que abolieron la pena de muerte. Para los sandinistas, no existe recompensa más humana que la construcción de una Nueva Nicaragua libre de cualquier resabio de somocismo. Pero la generosidad de la revolución sandinista es ignorada por algunos nostálgicos que, invocando los valores "occidentales y cristianos", añoran la resurrección de la Guardia Nacional.

Uno de los pilares fundamentales de la Nueva Nicaragua es el Ejército Popular Sandinista, pero ello no es aceptado de la misma manera por todos los sectores sociales presentes en el país. El empresario ha sostenido que el nuevo ejército nicaragüense no debería denominarse "sandinista", argumentando que eso lo convierte en el brazo armado de una organización política y no en un ejército para la defensa de toda la sociedad.

"La Junta de Gobierno ha decretado que el término sandinista es de uso exclusivo del Frente Sandinista. Sin embargo, tanto el ejército como la policía de Estado y la fuerza aérea llevan el nombre de sandinista con lo cual se convierten en instrumentos de la organización política del Frente Sandinista", expresó un Mensaje de Año Nuevo del Partido Conservador Demócrata, haciéndose eco de una declaración anterior del Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP) en el mismo sentido¹⁷.

El mensaje no tenía nada de novedoso, mucho menos para los nicaragüenses que sufrieron por más de cincuenta años las consecuencias del "apartidarismo" en el ejército. Sin el menor rubor - porque, al fin y al cabo, usufructuaron en el pasado de la protección de la Guardia Nacional - estos sectores entonan los viejos cantos de sirena del "apoliticismo" militar, porque quisieran recrear la dominación burguesa e imperialista en Nicaragua. Esta vez, no les será nada fácil.

16 En "El poder lo tienen las clases tradicionalmente explotadas", entrevista a Tomás Borge en Cuadernos de Marcha N° 5, enero-febrero de 1980, México, p. 85.

17 Cuadernos de Marcha N° 5, enero-febrero de 1980, México, p. 38.

"Yo afirmo que no hay ejército apolítico en el mundo - enfatizó Tomás Borge -. Eso es un sofisma. La Guardia Nacional era un ejército político por excelencia; hasta lo consagra la propia Constitución de la República. Era el ejército más político del mundo. Por cierto el Ejército Popular Sandinista no es un ejército apolítico. Como no lo es el ejército de México, ni el de Estados Unidos, ni el de Cuba, ni el de ningún país del mundo. No hay ejércitos apolíticos: todos están en función de un proyecto político determinado. En el caso de Nicaragua, el ejército es un Ejército Popular y Sandinista. No es ninguna casualidad que se llame así"¹⁸.

Referencias

- Millet, Richard, GUARDIANES DE LA DINASTIA. p61 - EDUCA, Centroamérica. 1979; Klare, M. T. -- Carta del Dr. Dana Munroe a Richard Millet.
- Anónimo, CUADERNO SEMESTRAL: ESTADOS UNIDOS: PERSPECTIVA LATINOAMERICANA. 4. p436 - CIDE, México. 1978; Ramírez, Sergio -- The Military Balance 1977-1978.
- Wheelock, Jaime, IMPERIALISMO Y DICTADURA: CRISIS DE UNA FORMACION SOCIAL. p144-190 - Siglo XXI, México. 1979; Cuadros del Departamento de Defensa de EEUU.
- Anónimo, ARMAS Y PODER EN AMERICA LATINA. p159 - Ediciones Era, México. 1978; Notas sobre la viabilidad de una OTAS, la naturaleza del CONDECA y las formas de coproducción armamentista en América Latina.
- Selser, Gregorio, DOCUMENTO DE TRABAJO DE SEPLA. p31 - México. 1978; Somoza prepara a Somoza.
- Anónimo, GACETA SANDINISTA DE LA COMISION DE INFORMACION Y REPRESENTACIÓN EN CUBA DEL FSLN. 3, 5-6. p5 - 1978; La lucha final.
- Briceno, Henry, UN EJERCITO DENTRO DE UN EJERCITO. p67 - Costa Rica. 1979; Entrevista de Marta Harnecker al comandante Humberto Ortega, diciembre de 1979.
- Castillo, Donald, CUADERNOS DEL TERCER MUNDO. 2, 16. p73 - México. 1977; Anexos.
- Anónimo, NICARAGUA: LA ESTRATEGIA DE LA VICTORIA. - Siglo XXI, México. 1980; Entrevista a Tomás Borge.
- Arias, Pilar, NICARAGUA: REVOLUCION. p201 - La Habana. 1970; Entrevista a Tomás Borge.
- Anónimo, REVISTA TRICONTINENTALS. 17. p67-68 - Ediciones Punto Rojo, Panamá. 1979;
- Miranda, Pedro N., EL PUEBLO QUE ASOMBRA AL MUNDO. p238 - México. 1980;
- Anónimo, CUADERNOS DE MARCHA. 5. p85 - México. 1980;
- Anónimo, CUADERNOS DE MARCHA. 5. p38 -

18 En "El poder lo tienen...", op. cit., p. 87.